

Antología de fragmentos de *El Anticristo* – ¡Dos milenios casi y ni un solo Dios nuevo!

2.

¿Qué es bueno? — Todo lo que en el ser humano eleva el sentimiento de poder, la voluntad de poder, el poder mismo.

¿Qué es malo? — Todo lo que procede de la debilidad.

¿Qué es la felicidad? — El sentimiento de que el poder crece, de que se ha superado una resistencia.

No satisfacción, sino más poder; *no* paz en general, sino guerra; no virtud, sino destreza (virtud al estilo del Renacimiento, *virtù*, virtud sin moralina).

3.

El problema que aquí planteo no es qué debe redimir a la humanidad en la sucesión seriada de los seres (—el ser humano es un *final*—): sino qué tipo de ser humano se debe *criar*, se debe *querer*, como el tipo de valor más elevado, de vida más digna, de futuro más cierto.

4.

La humanidad *no* presenta una evolución hacia lo mejor, o hacia lo más fuerte, o hacia lo más elevado, de la manera en que hoy se cree esto. El “progreso” no es sino una idea moderna, es decir, una idea falta. [...]

En un sentido diferente, hay un logro continuo de casos individuales en los lugares más diversos de la tierra y a partir de las más diversas culturas, casos en los que de hecho se presenta un *tipo superior*.

5.

No se debe adornar ni engalanar el cristianismo: él ha hecho una *guerra a muerte* contra este tipo *superior* de ser humano, ha proscrito todos los instintos fundamentales de este tipo, y de estos instintos ha destilado lo malvado, *el* malvado. [...] Ha hecho un ideal de la *contradicción* contra los instintos de conservación de la vida fuerte.

6.

Yo entiendo la corrupción, [...], en el sentido de la *décadence* [decadencia]: yo afirmo que todos los valores en que la humanidad sintetiza ahora su suprema imagen de lo deseable, son valores de *décadence*. [...]

La vida misma es para mí instinto de crecimiento, de duración, de acumulación de fuerzas, de *poder*: donde falta la voluntad de poder, hay decadencia. Yo afirmo que a todos los valores supremos de la humanidad les *falta* esta voluntad, — que los valores de decadencia, los valores *nihilistas*, ejercen su dominación bajo los nombres más sagrados.

11.

Una virtud ha de ser una invención *nuestra*, *nuestra* legítima defensa más personal y *nuestra* necesidad urgente más personal: en cualquier otro sentido no es más que un peligro. Lo que no condiciona nuestra vida, la *perjudica*: una virtud simplemente por un sentimiento de respeto ante el concepto de “virtud”, como quería Kant, es nociva.

14.

En otros tiempos se le daba al ser humano, como dote suya proveniente de un orden superior, la “voluntad libre”: hoy le hemos quitado incluso la voluntad, en el sentido de que ya no es lícito entenderla como una facultad. La vieja palabra “voluntad” no sirve sino para designar una resultante, una especie de reacción individual que sigue necesariamente a una multitud de estímulos en parte contradictorios, en parte concordantes: — la voluntad ya no “actúa”, ya no “mueve”...

15.

Ni la moral ni la religión entran en contacto en el cristianismo con un punto cualquiera de la realidad. Meras *causas* imaginarias (“Dios”, “alma”, “yo”, “espíritu”, “la voluntad libre” — o también “la no libre”); meros *efectos* imaginarios (“pecado”, “redención”, “gracia”, “castigo”, “perdón por el pecado”). Un trato entre *seres* imaginarios (“Dios”, “espíritus”, “almas”); una imaginaria ciencia *de la naturaleza* (de manera antropocéntrica; ausencia total de concepto de causas naturales), una *psicología imaginaria* [...] (“arrepentimiento”, “remordimiento”, “tentación del diablo”, “la cercanía de Dios”); una *teleología* imaginaria (“el reino de Dios”, “el juicio final”, “la vida eterna”). Este puto *mundo de ficción* [...] falsea, desvalora, niega la realidad. [...] La preponderancia de las sensaciones de *displacer* sobre las sensaciones de *placer* es la *causa* de aquella moral y de aquella religión ficticias.

17.

Allí donde la voluntad de poder, en cualquiera de sus formas, decae, allí hay también, cada vez, un retroceso fisiológico, una *décadence*.

33.

En la entera psicología del “evangelio” falta el concepto de culpa y de castigo; falta igualmente el concepto de premio. El “pecado”, toda relación de distancia entre Dios y el ser humano, está suprimida, —*justamente eso es la “buena nueva”*. La bienaventuranza no está prometida, no está sujeta a condiciones: es la *única* realidad.

Al cristiano no le distingue una “fe”: el cristianismo actúa, se distingue por un actuar *diferente*.

La vida del Redentor no fue otra cosa sino *esta* práctica. [...] Lo que quedaba *suprimido* con el evangelio era el judaísmo de los conceptos de “pecado”, “perdón del pecado”, “fe”, “redención por la fe” — toda la judía doctrina *de la Iglesia* estaba renegada en la “buena nueva”.

36.

La humanidad se ha puesto de rodillas ante la antítesis de lo que fue el origen, el sentido, el *derecho* del evangelio, que en el concepto de “Iglesia” la humanidad haya canonizado precisamente lo que el “alegre mensajero” sintió como algo que estaba *por debajo de sí*, como algo que estaba *a espaldas de sí*.

39.

[...] Ya la palabra “cristianismo” es un malentendido —, en el fondo, no ha habido más que un único cristiano, y ese murió en la cruz. El “evangelio” murió en la cruz, [...] Es falso hasta el absurdo que se vea en una fe, como en la fe en la redención de Cristo, el signo distintivo del cristiano: solamente la *práctica* cristiana, una vida como la que vivió el que murió en la cruz, es cristiana... Todavía hoy una vida *semejante* es posible [...]: el cristianismo auténtico, el cristianismo originario, será posible en todas las épocas.

43.

Cuando el centro de gravedad de la vida *no* se pone en la vida, sino que se lo traslada al “más allá” — *a la “nada”* —, entonces se le ha quitado a la vida como tal el centro de gravedad. La gran mentira de la inmortalidad personal destruye toda razón, toda naturaleza en el instinto, — a partir de entonces suscita desconfianza todo lo que en los instintos es benéfico, es fomentador de vida, es garante de futuro. Vivir *de tal manera* que no tenga ya ningún *sentido* el hecho de vivir, *eso* se convierte ahora en el “sentido” de la vida...

44.

[...] tan pronto como se abrió el abismo entre judíos y judeo-cristianos, a los últimos no les quedó otra elección que utilizar *contra* los propios judíos los mismos procedimientos de autoconservación que el instinto judío había aconsejado, procedimientos que hasta entonces los judíos habían utilizado solo contra todo lo *no* judío. El cristiano no es más que un judío de confesión “más libre”. —

54.

No nos dejemos engañar: los grandes espíritus son escépticos. [...] La fortaleza, la *libertad* que procede de la fuerza y la superfuerza del espíritu, se *prueban* mediante la *skepsis*. Las personas de convicción no se han de tener en cuenta en modo alguno en todo lo que es fundamental sobre el valor y el no valor. Las convicciones son prisiones. Esas personas no ven bastante lejos, no ven *debajo* de sí: pero para tener derecho a tomar la palabra en debates sobre el valor y el no valor hay que ver quinientas convicciones *debajo de sí, detrás de sí...* Un espíritu que quiere cosas grandes, que también quiere los medios para lograrlas, es, por necesidad, un escéptico. La libertad con respecto a toda especie de convicciones, el *poder* mirar libremente, eso *forma parte* de la fortaleza. [...] La convicción como *medio*: muchas cosas se consiguen solo por medio de una convicción. La gran pasión usa, consume convicciones, no se somete a ellas, se sabe *souverain* [soberano]. — A la inversa: la necesidad de fe, de cualquier cosa que sea incondicionada en el sí y en el no, [...], es una necesidad de la *debilidad*. La persona de fe, el “creyente” de toda especie es necesariamente una persona dependiente, — un individuo que no puede ponerse *a sí mismo* como fin, que no puede en absoluto poner fines a partir de sí mismo.

55.

[...] Cada una de las convicciones tiene su historia, sus formas previas, sus tentativas y desaciertos: *se convierte en* convicción después de mucho tiempo en que *no* lo es, después de un tiempo todavía más largo en que *apenas* lo es. [...] Yo llamo mentira a *no* querer ver algo que uno ve, a no querer ver algo *del modo en que* uno lo ve. [...] La mentira más frecuente es aquella con la que uno se miente a sí mismo.